

Moralidad en la Política

Abundan en la Venezuela de hoy las quejas asqueadas de lo que incluso llega a llamarse lo "nauseabundo de la política". Es la reacción espontánea de quien observa las zancadillas y maniobras de los varios partidos en lucha. Es la respuesta simplista de quien fué con sinceridad primeriza a participar en los es nuestro.

Ante estos hechos se presentan dos actitudes extremas y exageradas. Una que fuerzos "unitarios" del momento político podríamos concretar en la frase corriente: "Yo no quiero nada con la política". Otra que veríamos condensada en la famosa consigna de Maurras a la "Action Française": "politique d'abord", la política antes que nada y por encima de todo.

La sobrevaloración de lo político parece ser propio de los movimientos de extrema; sea el nacionalismo estatólatra o el comunismo dictatorial. Pero no son los únicos. También aceptan esa penetración invasora de la política los muchos que teóricamente y hasta en la vida privada práctica reconocen que hay valores superiores; pero quienes, sin embargo, al llegar a la práctica inmediata de la acción cívica, sea para justificar ciertas reformas legales o institucionales, o al revés, para defender el "orden establecido", se creen autorizados para dar prioridad a lo político.

En el extremo opuesto están quienes quieren o pretender cortar toda relación con la política. No sólo porque deciden una actitud de reserva o abstención práctica más o menos completa por razones superiores, como es el caso de los eclesiásticos respecto a la política partidista. Sino que se va incluso más allá, hasta el rechazo positivo y directo de la actividad política en cuanto tal.

El cristiano debe ser político. Porque no puede ser legítimo, ni menos, aún cristiano, el no preocuparse de lo que "es más perfecto y más divino, el procurar el bien de toda la comunidad nacional, que el de simples particulares". Tan vieja como la sabiduría política de Santo Tomás de Aquino son estas palabras citadas (In lib. I. Eth. ad Nic., lect II). Pero esa antigua posición cristiana frente a la política es más urgida hoy por los Papas modernos, por la absorción mayor que tiene el Estado moderno sobre la vida ciudadana. Así Pío XI hablaba de que era "un deber de caridad social el participar en la vida política; porque todo

ciudadano está obligado a contribuir al bienestar de su nación, y cuando tal participación se inspira en los principios cristianos, será fuente abundante de bienestar social y religioso". (Carta al Patriarca de Lisboa, de 10 de noviembre de 1933). Más ampliamente lo repite Pío XII. En todos los campos requiere la actividad ciudadana: "en la Iglesia y en el Estado, en la vida administrativa y parlamentaria, en las letras y en las ciencias, en las artes y las más diversas profesiones. Una sola actitud os está prohibida, porque sería radicalmente opuesta al espíritu de vuestra condición: el abstencionismo. Más que una emigración sería una deserción".

Yo no me meto en política, se oye decir con la misma tonalidad de quien afirma que no roba o mata. Pero esa concepción implica desconocer la amplísima repercusión e inmensa importancia de la política. Esa actitud es sólo justificable en un nihilista, que considere a todo gobierno malo en sí. En política como en toda actividad humana, pueden mezclarse intenciones torcidas y proceder condenables. Pero es obvio que no puede condenarse un género de actividad, porque en él se presenten abusos.

La actividad política es mala o buena, precisamente en la misma proporción del número y calidad de la gente que toma interés en ella. El abandono por gran parte de gente honrada de la preocupación política, es un grave pecado de omisión. Son esos desertores los responsables de la criticada inmoralidad de la política.

La política debe estar sometida a la Moral.—Pero si bien resulta traición abandonar la política, no se puede tampoco hacer de la política la razón suprema. Eso sería caer en el otro extremo que anotábamos al comienzo.

No puede ser la política una especie de valor supremo, decisivo, inapelable. Frente al "politique d'abord" de Maurras está la luminosa afirmación de Jacques Maritain: "Primauté du spirituel". Lo espiritual tiene y mantiene siempre la primacía teórica y práctica sobre lo temporal en cuanto a los fines y en cuanto a los medios. Ni "razón de Estado" ni razones algunas de conveniencia política están nunca exentas de subordinación a la moral.

Podrá haber problemas puramente políticos, en el sentido de que se refieren a la aptitud de cierta medida para obtener determinado resultado perseguido por razones de bien común. Pero si bien pudiera ser puramente político el deter-

minar la aptitud de esa medida, no lo es determinar si se puede lícitamente buscar ese resultado, ni tampoco el de los medios usados para obtenerlo. Será un problema meramente médico determinar la aptitud de una operación, por ejemplo, a fin de obtener un resultado apetecido; pero es problema moral el establecer si ese resultado pretendido es lícito, y si los medios usados son moralmente correctos. Igualmente es un mero problema político el buscar un candidato de "unidad" para el período presidencial venidero. Pero es claro que la moral ha de condenar la mentira como sistema de obtener ese fin.

No es lícito, en caso alguno, por tanto, cualquiera que sea la urgencia de una situación, tomar como supremo e inepalable criterio para decidir acerca de una acción, el de las ventajas que vaya a reportar esa acción al bien común, y mucho menos a un partido o fracción política. Habrá que tomar en cuenta esa urgencia; pero en forma subordinada al juicio moral.

Precisemos, pues, esa doble exigencia proveniente de la finalidad y de la honestidad de los medios.

Finalidades ilegítimas. — La actividad política tiene su razón de ser en esa búsqueda eficaz del bien común. Esto es lo que define su genuina naturaleza. Cuando traiciona a esa genuina finalidad del bien público, ha llegado ciertamente a ser ilícita.

1) La peor de las desviaciones que puedan afectarla consiste por eso en dirigirse a obtener ventajas particulares de personas o de grupos, anteponiendo esos intereses al bien común.

Pero no es este pecado propio solamente de un nepotismo vergonzoso, o de un inmoral peculado. Hay también un egoísmo más dañino, al que Pío XII llamaba "utilitarismo partidista al servicio de los intereses particulares de individuos, de clases o de movimientos". El vulgar egoísmo del gobernante que hace de su nación un feudo al servicio de su provecho personal, es más fácilmente desarraigable. Pero cuando la búsqueda de ventajas personales queda amparada "bajo la protección de organizaciones colectivas o de partido, a las cuales se pide proteger los intereses individuales más que fomentar el bien común, la economía viene entonces fácilmente a ser presa de fuerzas anónimas que la dominan políticamente" (Pío XII, Carta a la 41 Semana Social de Francia, 14 julio 1954).

Por igual resultan inmorales los trust económicos capitalistas que las agrupa-

ciones profesionales o sociales que hacen degenerar la actividad política para derivar en provecho personal o de grupo lo que debía ser canalización de esfuerzos hacia el provecho colectivo.

No quiere esto decir que sean ilegítimas las organizaciones dentro de una nación, llámense sindicatos, corporaciones o como se quiera. Por el contrario, son indispensables para el perfecto funcionamiento de la sociedad civil, según el concepto cristiano y aun simplemente humano del orden social. Pero han de limitarse al sitio que les corresponde, persuadiéndose son **sólo una parte** de la sociedad civil perfecta; con una **finalidad particular propia**, restringida al bien **parcial** que les corresponde. Cada una de ellas puede y debe aprovecharse de las facilidades y beneficios que constituyen el bien colectivo nacional. Pero su propio bien, parcial y determinado, al no coincidir con el bien común general, debe supeditarse a éste.

2) Pero ese partidismo individualista, más o menos inmediato y económico, puede hallarse en un plano menos materialista. Cuando un partido político posee una ideología capaz de crear una "mística", un idealismo abnegado, ardiente y desinteresado, es frecuente que entonces logra hacer creer que el bien colectivo es todo lo que sea el bien propuesto por el partido. Por muy legítima que fuera una posición de algún partido, no puede mantenerse como si ella fuera monopolio exclusivo. Mucho menos cuando el objetivo es uno de esos "falsos bienes comunes" de las ideologías unilaterales y extremistas. Es el caso típico de las ideologías extremas; tal el caso del nazismo y del comunismo, entre otros. Esta reducción del bien común a una concepción particular, es el sectarismo ideológico, son las múltiples clases de integrismos y de tantas oscuras posiciones que en el fondo están determinadas por el odio, las represalias o el egoísmo.

Así los partidos degeneran en facciones, y la política en politiquería. Así es como el bien nacional queda en olvido y no se le ve sino en dependencia del propio partido. Hasta se llega a no querer admitir que se le alcance en otra forma, mediante otros partidos o personas.

En vez de buscar el bien nacional, sólo se atiende a vencer el adversario político. Las decisiones se toman a la luz del interés o del odio partidista. No hay ya preocupación por comprender la posición del adversario; a quien se declara abiertamente— aun falseando lo que ha dicho

o hecho—ser no sólo opuesto a la posición partidista propia, sino enemigo de la Nación, de la Iglesia, del orden público, de la institución armada o de los obreros.

Al llegarse a esa vertiente, se ha llegado a un plano inclinado en que difícilmente cabe pararse. Entonces todos los medios se cohonestan para justificar el insulto. Se ha llegado a lo que se ha dado por llamar en Venezuela el “canibalismo político”.

Medios honestos. — Consecuencia de este desorden en la persecución de los fines políticos serán necesariamente los métodos y medios usados para llegar al poder. Incluso se llega a cohonestar el uso de cualquier medio, si es que se persiguen finalidades santas y rectas. Pero la verdad es que nunca será legítimo el principio de que el fin justifica los medios. Pese a la bondad del bien perseguido, nunca será legítimo o lícito procurarlo por medios inmorales.

Ni siquiera para combatir los errores más nefastos o funestos será lícito recurrir a ese sistema inmoral de proceder. En toda actividad humana debe reinar el principio moral básico de que “no hay que hacer el mal”.

Imposible pasar revista a las mil variantes practicables en el uso de medios inmorales. Restrinjámonos al caso más frecuente.

La desviación más fácil son los procedimientos contrarios a la verdad, la justicia y la caridad. Cuando se inventan o fabrican historias para destruir a un adversario. Cuando se logran silencios culpables sobre los méritos de uno u otro. Cuando se falsean los hechos o se ofrecen explicaciones simplistas o infundadas sobre las ideas del adversario político.

Lo que aterra es la tranquilidad de conciencia con que se ve hacerlo. Abisma tal grado de afectividad partidista, que llega a admitirlo con naturalidad. No hace falta cerciorarse de lo que se dice, basta con que tenga valor publicitario, decía un periodista de cierto diario caraqueño; y añadía luego cínicamente: si protesta, nada cuesta rectificarlo luego.

Todo esto será muy **propagandístico**—al menos a corto plazo—, porque a la larga no puede sino traer el desprestigio de quien así procede; pero ciertamente no es cristiano, ni simplemente humano. Es además antipolítico en el mejor sentido de la palabra, por ir contra el bienestar nacional. Si así se engaña, miente,

calumnia, corrompe, desprestigia, se siembra desconfianza contra los mejores y se desquician las bases de todo gobierno, no sólo se comete un acto inmoral en sí mismo, sino que se hace labor de antipatria.

Una reflexión final.—A más de uno le parecerá de un idealismo utópico el pretender que los políticos hicieran caso a estos principios morales aquí expresados. Sin embargo, éstas y no otras son las exigencias del orden moral. Menguado servicio se haría a la moralidad si nos abstuviéramos de promulgar sus principios, porque sabemos de la falibilidad humana.

Por otra parte, abundan más de los que cree el pesimismo ambiente, los hombres que anhelarían adecentar y moralizar la política. Lo importante sería que fueran ellos los que actuaran.

Si pues vemos defectos en los partidos políticos, hagamos algo por mejorarlos. Dios bendiga a quien haga algo por conseguirlo. Mientras peores sean, más necesario es que actúe la gente honesta. Ora y trabaja, sin mirar lo imposible que te parezca la solución. Sólo quejarse y criticar al gobierno y a los partidos, no hace más que empeorar las cosas y alejar una solución definitiva.

Anima y da fuerzas a aquellos que se sienten con vocación política. Una frase al desgaire, dicha a un joven como por ejemplo: “los políticos son un atajo de oportunistas”, o la injusta sentencia de que “para progresar en política se necesita no tener conciencia”, puede causar un daño incalculable. Esas afirmaciones son falsas. Pero además son injustas para con tantos ciudadanos que están sacrificando sus energías para lograr el tipo de política honesta que necesitamos.

Persuádate a tí mismo y a los demás—tantos como puedas—, que hay algo que todos podemos hacer para mejorar nuestros sistemas de gobierno y la dirección de la política. Nada de lo que puedas hacer en ese sentido es poco. Ten confianza en hacerlo, aunque creas te falta experiencia o formación. Hay peligro de que te quedes en la inacción perpetua, si sólo quieres actuar cuando estés preparado. Como decía el Cardenal Newman: “Nada podría hacerse si uno debiera esperar hasta que fuera capaz de hacerlo sin que nadie pudiera encontrar defecto”.

HERMANN GONZALEZ, S. J.